

El domingo, pan de la palabra

IV DOMINGO DE CUARESMA (26 marzo 2017)

Primera lectura: 1 Sam 16, 1b.6-7.10-13a.
(*David es ungido rey de Israel*).

Salmo responsorial: 22.
(*El Señor es mi pastor, nada me falta*).

Segunda lectura: Ef 5, 8-14.
(*Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará*).

Evangelio: Jn 9, 1-41. (*Él fue, se lavó, y volvió con vista*).

«Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: —Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego? Jesús contestó: —Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: —Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado). Él fue, se lavó, y volvió con vista».

25 de marzo:
ENCARNACIÓN DEL SEÑOR
DÍA DE LA VIDA

El deseo de comprender

Una de las cosas más difíciles de explicar para la ciencia y la filosofía es la percepción visual. Es una maravilla de la naturaleza que Dios nos ha regalado. Por eso la luz y la visión se convierten en dos símbolos poderosísimos para explicar el don de Dios a nuestra vida.

El hecho natural de abrir los ojos y comprender lo que hay a nuestro alrededor, de identificar a las personas que nos quieren, etc. es algo cotidiano para la mayoría de las personas. El ciego del evangelio no lo podía hacer y deseaba ser curado. Deseaba ver y comprender. Debajo de su curación física está el gran regalo de la fe. Él no solo consigue ver la luz natural, sino que consigue comprender a Jesús como el Mesías. Los judíos, que eran capaces de ver la luz natural, no eran capaces de comprender a Dios y su Mesías.

La fe es la gran luz que recibimos por parte de Dios para comprender al mundo, a nosotros y a Él. Sin fe vivimos ciegos. Quizá esto explique los derroteros del mundo y de sus gobernantes. Un sistema económico un tanto desafortunado porque quizá está ciego y no escucha la palabra de Dios que recuerda que el hombre es antes que la riqueza. Un sistema social y laboral que está ciego porque no permite que el hombre, la criatura más querida por Dios, trabaje para desarrollarse y no solo para ganar dinero. Familias que son más una fuente



de sufrimiento que de enriquecimiento porque, sin fe, no comprenden la verdadera naturaleza del amor. Y sobre todo muchas personas que sufren, que sin fe no comprenden que Dios está con ellas acompañándolas en el sufrimiento, y no contra ellas causando sus desgracias.

El ciego que quiere ver es símbolo de todos los que tenemos el deseo de comprender en profundidad la realidad, nuestra identidad y el destino de la historia... queremos el don de la fe, porque no se puede vivir plenamente sin comprender lo que hay a nuestro alrededor.

El pueblo creyente, el conjunto de los que creemos, la Iglesia de Cristo somos, al mismo tiempo, un foco de luz, «luz en el Señor» que debemos comportarnos como hijos de la luz. ■

Rafael Amo